

TERESA CAMESELLE

Como el **V**iento
de otoño

Libros de
seda

*Este libro va dedicado especialmente a Ramón Alcaraz,
maestro y amigo. Sin sus lecciones, guía y buenos
consejos, mis escritos estarían aún guardados en algún
cajón. Gracias de todo corazón.*

«Con esta reforma, que es a la vez social, cultural y económica, la República tiene la convicción de formar, independizar, sostener y fortalecer el alma del maestro, con el fin de que sea el alma de la escuela».

(DOMINGO Y LLOPIS.
Citado en *Las maestras de la República*, pág. 60).

CAPÍTULO 1



Enma de Castro Latorre tenía veinticinco años recién cumplidos aquel octubre de 1934, un título de maestra y muy pocas ilusiones en la vida.

Del armario de su madre había rescatado una blusa de finas listas grises sobre blanco que, al ponérsela, la envolvió con el aroma del recuerdo. Ató el largo lazo del cuello con discreto adorno y sometió la tela, muy floja, alrededor de la cintura, bajo la recta falda negra. En el espejo se vio desmejorada, cada vez más delgada y más pálida, con oscuras ojeras enmarcándole los ojos castaños. Era hora de dejar el luto atrás y empezar a usar otros colores, aunque el gris no le favorecía más que el riguroso negro que llevaba desde hacía un año largo.

Procuró mejorar de aspecto rizando con unas tenacillas calientes las puntas de sus cortos cabellos, que apenas le rozaban la nuca; se puso abéñula en las pestañas y un toque, apenas perceptible, de carmín en los labios. No quería que los vecinos se escandalizaran al verla salir así a la calle, pero estaba harta de las servidumbres del luto.

Bajó las escaleras desde el tercer piso sin cruzarse con nadie para dirigirse a la calle. Ni siquiera la portera estaba en su cuartito. Salió pisando fuerte cuesta arriba, hacia la Puerta del Sol.

Otra entrevista de trabajo, otra decepción esperada. «Demasiado preparada», le decían, «seguro que con sus estudios puede encontrar algo mejor». Pero pasaban los meses y ella no hallaba más labor ni objetivo en su vida que estar en su casa, mano sobre mano, viendo pasar las horas en el reloj.

—Enma de Castro.

—¿Emma?

—No, «Enma», la primera con ene.

—¿Está segura?

—Era el nombre de mi abuela.

—Es un error.

—Así figura en mis documentos.

Esa era la conversación más larga que tenía en cada oficina a la que se presentaba buscando trabajo.

Tras salir por el portal, que olía a verdura hervida y a lejía, decidió caminar sin rumbo. No tenía nada, ni mejor ni peor, que hacer aquella mañana. De allí al Congreso era un paseo entre la gente que llenaba la calle, el alboroto, los vendedores y charlatanes y los manifestantes que protestaban, nadie sabía por qué, más los policías que hacían su trabajo con desgana.

Recordó un día, tres años atrás, que hizo aquel mismo camino y oyó las voces altas y claras; voces femeninas que se imponían al alboroto matutino y le llegaban a los oídos antes de que alcanzara a verlas. El voto para la mujer, pedían aquellas exaltadas, nada menos. El voto para la mujer en igualdad de derechos y edad que el hombre.

La señorita Clara Campoamor, diputada del Partido Radical, había logrado que en la Constitución que se votaba en las Cortes se incluyera la igualdad de derechos de ambos sexos, y ahora continuaba con su verdadero caballo de batalla: lograr que el voto femenino se aprobara en la Carta Magna y no se pospusiera a una eventual ley electoral.

Enma se había detenido en la acera de enfrente mirando a aquellas mujeres que agitaban sus papeletas, inmunes al desaliento y a la

desaprobación masculina. Notó una presión extraña en el pecho, una congoja, un latido desconocido, y poco a poco fue recordando esa sensación. Era la ilusión, la esperanza, todo lo que había perdido un año atrás.

Cruzó la calle, firme sobre sus tacones, y se acercó a la que parecía llevar la voz cantante, que la midió de arriba abajo con una mirada severa, y por fin le ofreció una papeleta.

—En realidad, venía a preguntar si puedo ayudar.

La mujer cambió el gesto, le dedicó una sonrisa cómplice y le puso en las manos un buen lote de papeletas.

Una hora después, agotada, afónica y con las mejillas arreboladas, Enma se sentía más viva que nunca.

Tres años habían pasado, y gracias al intenso trabajo y denuevo de doña Clara Campoamor, diputada en Cortes, Enma había podido ejercer su derecho al voto el año anterior. Con el corazón aún roto por la reciente pérdida de su padre había acudido a depositar su papeleta en las urnas ante la expectación de la prensa, que tomaba fotos que al día siguiente llenarían las portadas de los diarios. Las mujeres habían votado, sí, incluso en mayor número que los hombres en muchos colegios electorales, y los comentarios alababan su entusiasmo y admirable tranquilidad al hacerlo, como si aún esperasen que les invadiese un ataque de esa histeria femenina que el doctor Novoa Santos había alegado para no aceptar el sufragio femenino.

—¿Enma? ¿Qué haces aquí?

Un hombre con traje gris y sombrero de ala que ensombrecía sus rasgos se le había acercado por sorpresa. Antes de que pudiera responder, la agarró por el codo y la alejó del Congreso calle arriba por la carrera de San Jerónimo como si pretendiera llevarla a rastras de vuelta a casa.

—¡Suélteme! —exigió Enma, tirando del codo—. Me está haciendo daño, suélteme ahora mismo o pediré socorro.

El hombre miró a una pareja de la guardia municipal, que los observaba con cierto interés, y aflojó la garra con la que la mantenía presa sin llegar a soltarla.

—¿Es que no sabes que es peligroso andar por las calles? Está todo revuelto con esa locura de la huelga general. Han intentado asaltar la Presidencia General.

—Sé lo que ocurre, leo la prensa —se debatió, aún reacia a permitirle que la obligara a desandar su camino.

—Este no es sitio para ti, por el amor de Dios, Enma, tú eres una señorita de buena familia, con estudios, si tu padre levantara la cabeza...

—Si mi padre estuviera aquí, se sentiría muy orgulloso de ver que me intereso por lo que ocurre en mi país.

Se habían detenido a un lado de la acera, frente a frente, como dos contendientes a punto de iniciar la lucha. Enma se soltó por fin; se frotó el antebrazo, segura de que le habían quedado las marcas de los dedos en la piel.

—Una maestra tiene que dar ejemplo; tienes que cuidar tus modales, tu presencia, tu vida pública —insistía el hombre.

—Mire, don Lisardo, ya sé que me lo dice por mi bien y que, como amigo que era de mi padre, cree que debe protegerme ahora que estoy sola en el mundo, pero ya soy mayorcita para necesitar un tutor.

Lo vio echarse atrás el ala del sombrero, mostrando las bolsas oscuras bajo sus ojos azul turbio. Siempre le había inquietado aquel hombre: aunque se mostraba en general amable y paternal, a veces lo sorprendía mirándola con un interés muy diferente. Puesto que estaba casado y tenía tres hijos ya adolescentes, Enma quería creer que solo era «el interés de cualquier hombre por una chica bonita», palabras que él mismo había utilizado en más de una ocasión para declararle su admiración, incluso delante de su padre cuando vivía, aunque procuraba mostrarse respetuoso y benevolente.

—Me preocupo por ti y así me lo pagas. No me esperaba que fueras tan desagradecida.

Le dolió el reproche; de todos los que podía hacerle, aquel era el más certero.

—Perdone, don Lisardo, si he sido demasiado brusca. Estaba disgustada y un poco atemorizada por la forma en que me ha asaltado.

—Perdóname tú, entonces, criatura. —Y aquí aparecía de nuevo el gesto paternal, una mano sobre el hombro, conciliadora—. Acompáñame a mi despacho, te contaré las noticias que traigo de la FETE.

Enma se llevó una mano al corazón, de nuevo ilusionada al ver su sonrisa. Aquel estaba siendo un gran día, el mejor de los últimos trece meses, desde el terrible accidente que la dejara huérfana y sola. Todos sus planes se habían visto truncados y paralizados por la desgracia y ahora por fin llegaba el momento de retomarlos, de ocupar su puesto de maestra en un colegio y dedicarse a la profesión que tanto ansiaba empezar a desempeñar.

Don Lisardo tenía su propio despachito de abogado, allí cerca, en la calle del Príncipe, y además trabajaba para la FETE, la Federación Nacional de Trabajadores de la Enseñanza de la Unión General de Trabajadores, UGT. En el entierro de su padre le prometió ocuparse personalmente de que la destinaran a algún buen colegio de la capital; desde entonces habían pasado todos aquellos meses sin verlo apenas.

—¿Tendré por fin mi plaza de maestra? —le preguntó, con el corazón encogido por la emoción.

—Te dije que yo me ocuparía de todo y siempre cumplo mis promesas.

Se habían detenido ante un edificio que Enma conocía. Allí se ubicaba el despacho del abogado, que le abrió la puerta y se apartó para dejarla pasar. Subieron a la oficina, vacía y con las luces

apagadas. Enma se acercó a una ventana, agobiada por aquella semioscuridad, esperando que don Lisardo se decidiera a encender alguna lámpara.

—Dígame, entonces. No me haga esperar más —le suplicó con el bolso apretado contra el pecho.

El abogado le ofreció una pitillera, que Enma rechazó. Él se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió con parsimonia.

—Estoy a la espera de que surja alguna vacante. Ahora que aumenta el número de colegios, y por tanto de demanda de docentes, no tardará mucho. —Le ofreció asiento. Enma declinó la invitación, impaciente por marcharse.

—Entonces, no hay nada aún.

—Podría enviarte a provincias, pero no creo que quieras alejarte de Madrid, ¿no es cierto?

—Aquí tengo mi hogar.

—Tienes familia en Galicia, ¿no?

—No la conozco apenas.

—Entiendo. Entonces es verdad que estás sola. —Se volvió para apagar el cigarrillo en un gran cenicero de mármol—. Bueno, sola no, me tienes a mí.

—Le agradezco mucho sus gestiones, don Lisardo.

El abogado se acercó y extendió la mano derecha. Enma no pudo negarse a entregarle la suya, fría y pálida, mientras con la izquierda apretaba más el bolso hasta notar el cierre metálico clavándose en el pecho.

—Quiero cuidarte, Enma, sabes cuánto apreciaba a tus padres, y a ti te conozco desde niña. No voy a decir que eres como una hija, porque no soy tan mayor. Y tú... Tú ya eres toda una mujer.

Y allí estaba aquel gesto que la ponía en alerta, la mirada más oscura que nunca, la sonrisa apenas insinuada en sus labios húmedos.

—Don Lisardo, yo...

—No digas nada. —Le puso un dedo sobre los labios. Enma sintió un vuelco en el estómago—. Eres una mujer muy válida, culta, con estudios, pero necesitas un hombre a tu lado, Enma. A pesar de todo, de los discursos encendidos de Clara Campoamor, y de esta república tan nueva que pretende igualar a ambos sexos, querida niña, el camino es muy largo y difícil para vosotras. Necesitáis la guía y el amparo de quienes lo han recorrido antes.

Debía rebatir sus argumentos, declarar su independencia, su valor y su fuerza para vivir su propia vida. Abrió la boca en cuanto él retiró el dedo de sus labios consciente de que el agradecimiento y la buena educación no se lo permitirían.

—Siempre ha sido usted muy bueno conmigo —dijo, odiándose por el tono lastimero de su voz.

Él sabía cómo socavar su seguridad, cómo aquietar su ímpetu. Le daba una de cal y una de arena. Le decía que era una mujer hecha y derecha y luego la llamaba «criatura» y «niña». Y ella se sentía nadando entre dos aguas, a punto de ahogarse.

—Me preocupa tu seguridad, Enma, me preocupa sinceramente. Recuerda que nunca se supo quién fue el culpable del atropello. Ese asesino anda por ahí suelto sin pagar por sus crímenes. Tus pobres padres...

—Por favor, no me lo recuerde.

—Tu padre siempre fue un hombre con importantes convicciones políticas, defensor de la República desde hacía muchos años, opositor al régimen de Primo de Rivera. Con una trayectoria como la suya se va uno creando muchos enemigos que en el momento más inesperado deciden vengarse.

—No quiero pensar en eso. —Enma ahogó un sollozo y el abogado le ofreció un pañuelo, que se llevó a los ojos para contener las lágrimas.

—Siento disgustarte con este asunto, prometo no volver a hacerlo. Quiero que me prometas que serás cuidadosa y que, si algo

te preocupa, si temes por tu seguridad, acudirás a mí para que te proteja. Sabes que puedo hacerlo.

Enma asintió, agradecida, sin poder reaccionar más que con renovado dolor ante los recuerdos que aquel hombre removía apagando la ilusión de aquel día y haciéndole aborrecer el momento en que se le ocurrió salir a la calle.

—Lo haré —aseguró, esperando que así la dejara marchar de una vez, o al menos que se retirara, porque su cercanía le robaba hasta el aliento.

—Me quedo mucho más tranquilo, entonces.

Él no se retiraba; por el contrario, se acercaba tanto que Enma se encontró arrinconada contra la pared, con la espalda tan tiesa que notaba cómo se le iban agarrotando los músculos hasta sentir una jaqueca que le subía del cuello a la frente.

—Sé que tuviste más de un pretendiente en tus tiempos de estudiante y que no te has casado porque no has querido, una chica tan bonita como tú.

—No quiero casarme. Solo quiero ejercer la profesión para la que he estudiado tanto.

—Entonces eres de esas, tan modernas y emancipadas, que quieren tener los mismos derechos que un hombre.

Cada palabra estaba cargada de insinuaciones que le resultaban repulsivas.

—Tengo que irme ya, se me hace tarde...

Durante un largo minuto se hizo el silencio en la habitación. Al fin, el abogado pareció recuperar el sentido y, con gesto nervioso, se retocó el nudo de la corbata mientras daba varios pasos atrás.

Enma caminó hacia él, firme, con una mirada tan retadora que no le quedó otro remedio que dejarla pasar.

—No pienses que me olvido de tu puesto —le dijo, cuando ella ya ponía la mano sobre el pomo de la puerta—. Por la amistad que tenía con tu difunto padre, haré todo lo posible por conseguirte una plaza en Madrid.

Enma respiró hondo, giró el pomo y abrió la puerta. Necesitaba asegurar su vía de escape antes de hablar.

—Se lo agradezco, don Lisardo. Que tenga un buen día.

No esperó respuesta y bajó las escaleras hasta el portal con las rodillas temblando. Su madre había sido una mujer temerosa hasta del aire que respiraba y desde muy pequeña le había advertido de los peligros de quedarse a solas con un hombre. Y esto era lo que ocurría cuando una olvidaba los buenos consejos de sus progenitores: que se encontraba en una situación violenta sin saber si solo eran imaginaciones suyas o si, de haberle seguido el juego, el abogado habría intentado cobrarse su ayuda de una manera que ella no estaba dispuesta a pagar.



Todas sus gestiones resultaron infructuosas. El «no tenemos nada para usted, señorita» y el «vuelva usted mañana» se repetían en cada puerta a la que llamaba. En el Congreso, Clara Campoamor había luchado y ganado cada batalla por la igualdad de los derechos de las mujeres; en las calles, sin embargo, una persona como ella, maestra titulada, con derecho a escuela en propiedad, seguía siendo tratada con condescendencia cuando tenía suerte y con descaro o menosprecio cuando no la tenía.

En Asturias se luchaba a vida o muerte. Los socialistas y la UGT, con el apoyo de la CNT, anarquista, se habían alzado contra el gobierno de Alejandro Lerroux y sus pactos con la CEDA de Gil Robles, la coalición de ideología clerical, que rechazaba muchos de los grandes logros de la República, desde la laicidad del Estado hasta la reforma de la enseñanza, que exigía la retirada de los crucifijos en los colegios y aprobaba las aulas mixtas.

La huelga general revolucionaria convocada en toda España había fracasado salvo en la zona minera, en especial Mieres y Sama de Langreo, donde los obreros se habían hecho fuertes. El

presidente Lerroux había declarado el estado de guerra y llamado a los generales Goded y Franco para que dirigieran la represión de la rebelión, por lo que se hizo venir a las tropas de la Legión y a los Regulares de Marruecos. El gobierno consideraba estar ante una auténtica guerra civil y como tal reaccionó, permitiendo una masacre que terminó rápidamente con la Comuna Asturiana, rendida y aterrorizada ante tal baño de sangre.

Enma leía los periódicos con el corazón encogido. Sus penalidades le parecían menos importantes al ver que otros luchaban por sus ideales y se dejaban la vida en ello. ¿Acaso la República nunca sería lo que habían soñado? ¿No estaba destinada España a vivir por fin en paz y avanzar sin miedo hacia el futuro?

A lo largo del día, mientras se dedicaba a las tareas del hogar, necesarias pero odiosas, o releía manuales y libros acumulados en sus años de estudio, la congoja se iba aliviando. Recordaba charlas y conferencias, animadas discusiones tras las clases, en algún bar, en posición casi de igualdad, entre jóvenes de ambos sexos que se preparaban para ser los maestros de los niños de la República. Podían discutir durante horas, pero todos tenían una idea clara: la única manera de transformar el país era mediante la educación, la buena educación recibida en la escuela pública y con los métodos más modernos que ofrecía la pedagogía. Enseñando a los niños a pensar por sí mismos, no aleccionándolos con ideas anticuadas y manidas. De nada servía aprender y memorizar lecciones como se aprendían las oraciones de misa si no calaban en el alumno, si no entendía su significado y sus aplicaciones.

Entre sus libros tenía anotadas las sabias palabras de la profesora Aurelia Gutiérrez Blanchard:

Hacer trabajar intensa, eficazmente, con gusto, con alegría; proteger, presidir los ensayos de vida que realiza la infancia, tal es hoy el papel del maestro. A la escuela del

alfarero ha seguido la del jardinero. No es barro inerte al que hay que dar forma convencional y petrificada: son seres vivientes que en lo físico y en lo espiritual han de crecer siguiendo sus leyes propias.

Pero Enma seguía allí, paralizada, inutilizada, incapaz de poner en práctica aquello para lo que se había preparado durante largos años, la profesión a la que soñaba entregar su vida.

Temía las horas nocturnas. Cerraba la puerta con doble cerrojo y se acostaba en su cama, cada día un poco más fría ahora que el otoño avanzaba, con los ojos abiertos al techo, al que miraba sin ver, y los oídos alerta a cada pequeño crujido de la casa, pasos en la escalera, voces en la calle. Todo la alteraba y le impedía conciliar el sueño. Y entonces le daba mil vueltas a sus posibilidades.

Sabía que algunos conseguían la plaza a base de sobornos, siempre había sido así, o de favores y amistades interesadas. Pero a las mujeres, y más a las pobres como ella, que apenas disponían de rentas de las que vivir, solo les quedaba un patrimonio. Así había sido desde el principio de los tiempos. Tal vez si fuera algo más fea, si tuviera algún defecto de nacimiento o cualquier tara que la hiciera menos deseable... Pero no, aún tenía que arrepentirse de la imagen que le ofrecía el espejo; de que, a pesar de todas las penalidades, su cutis siguiera siendo terso y sin imperfecciones, sus ojos grandes y relucientes, su cuerpo con las curvas justas marcadas por la seda de la blusa. Y bajo la falda recta, sus pantorrillas bien torneadas.

Ya había rechazado antes su aspecto. En aquellas reuniones de estudiantes se había visto en una situación violenta con algún joven con las ideas confundidas por el vino. Y era cierto que también había tenido sus pretendientes, los que se acercaban con versos y flores declarando su amor con palabras encendidas; pero que también, si la oportunidad era propicia y se encontraban a solas en algún lugar discreto, al momento sus manos parecían

multiplicarse. Sí, se había visto en más de un aprieto para defender su virtud y huir de atenciones indeseadas.

Tal vez era ese el motivo por el que descartaba un futuro matrimonio. No confiaba en los hombres, que parecían perder el seso cuando el instinto se apoderaba del cuerpo. Conocía más de un caso de compañeras, rendidas a poemas y requerimientos, que luego eran abandonadas como mercancía en mal estado. La Constitución de la República podía reconocer los derechos y la igualdad de las mujeres, pero la virtud seguía siendo el mayor de sus valores; si se perdía, se llevaba con él la decencia y el respeto. Cuando se corría la voz de que una joven había sucumbido, los compañeros se cernían sobre ella como aves de rapiña, acosándola y exigiéndole, puesto que ya no tenía nada que guardar, que compartiera con ellos lo que tan alegremente había entregado a algún afortunado.

Y así llegaba la mañana al frío lecho en el que Enma apenas descansaba, entre miedos y elucubraciones, esperando que la luz del nuevo día le trajera por fin las buenas noticias.

Llegados a aquel punto, aceptaría la escuela más humilde en la provincia más remota por alejarse de Madrid y todo lo que le robaba el sueño y empezar tal vez de nuevo en donde nadie la conociera. Llegaría precedida por su título y su puesto; con eso, sus estudios y sus finos modales de la capital se ganaría el respeto y hasta la admiración de las gentes de algún pueblo desconocido con el que ya empezaba a fantasear.



Entonces sí, llegó la carta, con sus sellos oficiales. Enma corrió escaleras arriba a encerrarse en su salita con el corazón a punto de estallarle en el pecho.

Una escuela en propiedad. En el ayuntamiento de Serantes, provincia de La Coruña.

Su cabeza daba vueltas, llena de ideas contradictorias. La enviaban a una tierra que desconocía, donde no había estado jamás, por más que su padre naciera en la misma provincia. Ya no le parecía tan idílica la idea de vivir en un pueblo pequeño, de ser la maestra doña Enma, de que los paisanos la respetaran y la trataran como a una de las autoridades civiles.

Galicia estaba muy lejos de Madrid. Si se marchaba, quizá nunca volvería a ver la ciudad en la que había nacido, las calles en las que se había criado, su hogar... Notó lágrimas calientes correr por sus mejillas y caer sobre el papel, emborronando la tinta.

Se las secó de un manotazo, camino de su dormitorio, y dejó el comunicado oficial abandonado sobre la mesa. Tenía mucho que hacer y un plazo muy breve para organizar su viaje.